

*Lo Uno es inmodificable
pues a su constitución nada restan
el hombre que muere
ni la galaxia que se pierde;
nada agregan
la criatura que nace
ni la supernova...*
[pág. 50, *Aritméticas*]

Incluso en la forma como afirma la convicción en la certeza del amor, suele aparecer la distancia propia del pensamiento racional, en la que más que una persona que vivencia el sentimiento aparece una especie de predicador:

*Sólo el amor es la respuesta;
la sencilla ilusión y el camino;
y la única verdad, la inocencia.*
[pág. 50, *Aritméticas*]

Los motivos del libro, básicamente el tiempo y el retorno, abundan; por eso los títulos que evocan objetos para medir el paso de las horas: péndulo, astrolabio, sextante, reloj de arena, brújula y clepsidra, como también la palabra explícita (tiempo), que se reitera en el cuerpo y rótulo de los poemas, se conjugan para integrar correspondencias en los que a través del mismo raciocinio se confirma lo absurdo que puede ser el más riguroso razonamiento, como las paradojas y aporías que han afrontado los filósofos antiguos y modernos:

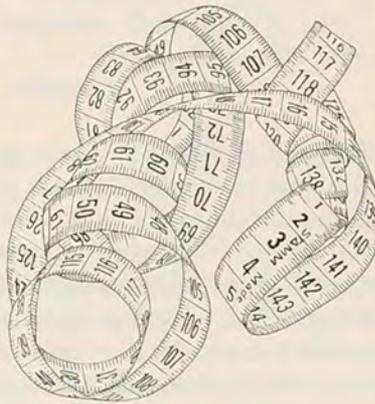
*Tanto ha ido
que sólo el regreso
conserva.*

*Se retorna
a aquello que se deja,
verdad vuelve a ser la mentira
y en el odio es el amor lo buscado,
así como el descenso empieza
en la mayor altura.*

*Busco dentro de ti
el centro de la tierra,
el olvido del dolor
que es la alegría.*

*Uno son
el origen y el silencio,
y la condición del hombre
es el retorno.*
[Péndulo, pág. 15]

Esas contradicciones lo llevan a manifestar convincentemente razonamientos platónicos como: "En la idea mora el hombre, / no en casas o cavernas / como hace creer la realidad" (*Astrolabio*, pág. 42), y: "Astro y glóbulo son sinónimos, / átomo y planeta son sinónimos" (*Aritméticas*, pág. 49). Razonamientos que tienen en sí el encanto de su propio ilogicismo pero que de todos modos son razonamientos, ideas y no emociones que sólo alcanzan dimensiones poéticas, de auténtico cantar, cuando se refieren a una experiencia subjetiva. Así ocurre en *El ausente*, poema dedicado al hermano fallecido que, precisamente, por esta circunstancia trasciende el ámbito de la reflexión pura:



*Mi hermano ya no es
conciencia del mundo,
ha vuelto a ser el Todo,
la Nada que es el Todo,
las serenas tinieblas,*

la ausencia absoluta.

*La única opción del ausente
es el recuerdo,
el regreso del instante.*

*Su risa
ya no tiene formas:
es memoria de un brillo,
de un gárrulo sonido.*

*El ausente ya no puede irse,
permanece anclado
en el eterno retorno...*

*a menudo
su risa vuelve
a sonar en el silencio.*
[pág. 16]

Decía Antonio Machado, un inmejorable cultor de cantares, palabras más palabras menos, que en toda auténtica poesía hay reflexión, pero que ésta aparece subordinada a la emoción. Así ocurre en el anterior texto. Sin embargo, no es lo característico de este libro de Macías, hecho más para pensar que para cantar. Ojalá en los próximos retornos del autor haya más encantamientos que pensamientos.

ANTONIO
SILVERA ARENAS

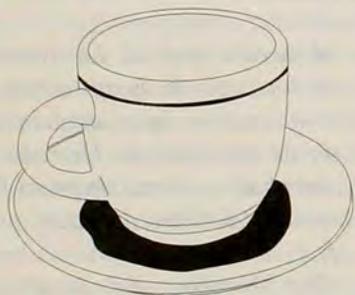
Otra vez huyendo

De la incesante partida

Mauricio Contreras Hernández
Común Presencia Editores,
Cooperativa Editorial Magisterio,
Bogotá, 2003, 57 págs.

El éxodo, las cruzadas y las estampidas de víctimas de guerras y catástrofes marcan la historia humana puntualmente. Nunca la especie se ha detenido a tomar aire más de la porción suficiente para empezar de nuevo la incesante partida. A cada nuevo espacio que afincan le cae, tal una lógica maldita, el destino de huir. La naturaleza, al menos la física (geográfica), ha jugado con el lugar de los humanos. Hemos sido habitantes de un planeta de uno, de dos, de tres, de cuatro, de cinco continentes. Igual los climas nos han espantado y hasta determinado a su antojo el color de la piel. Pero ello no sería sino la natural consecuencia del itinerario de un extraño visitante —en la obligación de adaptarse a las condiciones del medio en el cual pretende establecerse— si no implicara además una cadena de consecuencias intelectuales y morales, si no llevara consigo el peso existencial de la conciencia ontológica y, lo que es peor, las inconsecuentes prácticas del poder y de los intereses económicos, la llamada lucha geopolítica.

Del primer aspecto, el geográfico, dan cuenta los arqueólogos, antropólogos, sociólogos e historiadores, etc., y de lo segundo los filósofos y artistas. La filosofía dilucida los acontecimientos que cobijan los asuntos internos y externos de los seres humanos desde la práctica de la reflexión objetiva, y el arte lo hace desde la subjetividad. Pero cuando éste último conjuga ambos aspectos, entonces podemos decir sin temor a equivocarnos que estamos frente a una auténtica expresión artística, a la cual se le visualizan las dos funciones que hacen del ejercicio de la creación literaria un asunto muy serio y no un embelesado juego de niños: el pensamiento y la emoción en exacta simbiosis con el relato de los hechos históricos de una sociedad determinada, que en el juego tautológico propio del arte nos es devuelta, a cada lector, como experiencia de una sola sociedad universal.



Del coro de esas voces y lamentos de la multitud huyente formamos parte todos. Quizá por ello Mauricio Contreras haga eco al tono de voz histórico característico de escritos como la Biblia (en su estricta comprensión estética) cuando en ésta se refieren los éxodos; y característico también de otros textos que le son sucedáneos, como los referentes a la legendaria Cruzada de los Niños o los numerosos relatos particulares de nuestra época; me refiero a los testimonios de “protagonistas”, víctimas de las estampidas humanas ocurridas en el siglo xx, y recientemente en el xxi, a cargo de las guerras “autorizadas”. De unos y de otros parece provenir el tono del poeta y su consecuente relato dramático:

y he aquí que vinieron a estas
[tierras
y entrando en ellas
y viendo que eran de buena
[hacienda y pobladas
por hombres y mujeres
que en todo se diferenciaban de
[ellos

acometioles gran furor...
[pág. 25]

Pero, ¿cuál es la multitud que huye en las páginas del libro de Contreras? Y, ¿cuáles sus ámbitos de emoción y reflexión poéticas?

Si pensamos en nuestra realidad colombiana, no es difícil concluir que en *De la incesante partida* sean los desplazados de la guerra civil actual los sujetos centrales, que, quiérase o no, están definidos en los ambientes paisajísticos del campo, en las costumbres aldeanas, en los oficios, frutos y productos a que alude en su poemario. Elementos compositivos de una fisonomía social correspondiente, sin duda alguna, a los rasgos descriptivos de la población indígena y campesina de Colombia, desplazada por x o y razones o por estas o aquellas fuerzas oscuras:

[...]
La partida es lo único que
[sabemos
uno tiene su mata de ñame
la huida es lo único que tenemos
uno tiene
su
puño
de
arroz [...]
[pág. 13]

Con todo, expresen o no representaciones directas de nuestra realidad sociopolítica, los textos de Mauricio Contreras se comunican más como objetos estéticos poéticos. En ellos no es relevante (eso creo) la historia en sí y su conexión con una opción crítica dentro de lo que permitiría lo ya hoy desgastado dentro del *realismo social*: la denuncia sin sentido. Por el contrario, cada percepción suya aparece evidenciada en

aquellos elementos que le dan factura artística a *De la incesante partida*, y que finalmente son de por sí ejercicios de la crítica, desligados de los compromisos con ideologías, religiones o tendencias. La voz —o mejor, el tono— que, como ya dijimos, le es característico a este tipo de relatos (vitales), es más la denuncia de un yo universal que reclama también a un responsable universal: la víctima y su victimario y el perseguidor y quien le huye, construyendo entre sí una mera tautología. Pero justamente por ello, por dedicarse preferentemente al espíritu de la historia, suele prestarles a sus enfoques un misterio y una estética desde la cual —aunque Mauricio Contreras tenga bien seguros y despiertos los sentidos—, no juzga, no señala ni redime nada, excepto por la vía de las respuestas que el lector dé (si así lo hiciera) a sus recurrentes preguntas:

¿hacia dónde deriva este río
[perplejo]
¿qué volcán de fuego crece
[junto a su silencio]
¿qué plagas se abaten sobre este
[pueblo]
¿qué semillas cosecha esta
[labranza dispersa]
¿y qué arcanos cifran su
[tormento]
¿y el trigo que se muele y la luz
[que se aposenta]
¿y sus caminos y sus puertos de
[sosiego]
¿hacia dónde deriva este
[destierro perpetuo]
[pág. 45]

La música *De la incesante partida* pareciera desenvolverse en función de un discurso que no permite estaciones entre su comienzo y su fin, hasta el punto incluso de recurrir al suspenso cuando, tras una expresión determinada, corta de repente el hilo de la arenga explícita dando paso a otra que tendrá que resolver el lector: “y hay quienes afirman que / creen que / aún” (*Final de texto*, pág. 15); “vuelve a hundir tu cara entre la tierra / vuelve / ¿cómo? ¿a dónde? / ¿por qué? ¿siempre?” (*Final de texto*, pág. 21); “como si aún /

como sí nosotros" (*Final de texto*, pág. 33); "se abatió la condena de sembrar luz / en los labios de los muertos / así / ¿hacia dónde? / ¿para siempre?" (*Final de texto*, pág. 41); y, entre otros, "¿hacia dónde deriva este destierro perpetuo?" (*Final de texto*, pág. 45).

De atmósfera opresiva, cargada de sortilegios insospechados, los textos *De la incesante partida* tienen en común el énfasis sobre la incomunicación y la angustia, sus huyentes se desplazan a lo largo de un monólogo del cual el poeta no pretende distraerlos, y más bien prefiere viajar con ellos en su loca longitud de onda. Así, el relato poético de Mauricio Contreras presta mucha atención a las imágenes y al lenguaje que con una delgadez barroca, aunque esto suene contradictorio, va traduciendo furores individuales, sacrificios telúricos, desafíos confusos, gritos de hambre y muerte, que el poeta, por medio del desenfreno de la palabra, narra con dinamismo y audacia.

GUILLERMO
LINERO MONTES
guillermolinero@gmail.com

Nadie es alguien

Las hipótesis de Nadie

Juan Manuel Roca

Colección de Poesía, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005, 129 págs.

Con el poemario *Las hipótesis de Nadie*, Juan Manuel Roca (Medellín, 1946) recibió el premio nacional de poesía Ministerio de Cultura, en su versión de 2004, y la edición impresa que aquí reseñamos es una publicación exclusiva para la Colección de Poesía de la Universidad Nacional de Colombia.

Juan Manuel Roca ya había obtenido antes distintos premios (en poesía y otros géneros literarios), en

un récord que podría hacer pensar a muchos que, además de poeta, quizá sea también un disciplinado y consuetudinario concursante. Pero no es así, y a quienes hemos visto con atención la evolución de su lenguaje, estilo y pensamiento poéticos, nos consta y sabemos, y podemos afirmarlo con desenvoltura, que ello dista mucho de la verdad. De hecho, *Las hipótesis de Nadie* son la concreción de una obsesiva alusión del poeta, a la que, después de muchos años de moldearla con soslayados instantes en el interior de sus demás obras, le cierra la puerta para clausurarla por fin como intimidad, haciéndola protagonista en una natural responsabilidad de artista, como es la de asumir y exorcizar sus propias expectativas y sus espectros personales. En efecto, en este libro Juan Manuel echa partido de lo que en su madurez creativa es ya de absoluta e indiscutible autenticidad. Me explico con un ejemplo: si en las obras anteriores las sombras de sus recurrentes fantasmas literarios (Vallejo, Trakl, Dylan Thomas, Rimbaud,...) hacían sus apariciones prestándoles a los versos de Roca alguna estructura corpórea (obvio que de carácter formal) y giros verbales que en su momento bien sobrecreó, en esta obra, por el contrario, de tales personajes apenas rondan sus sombras y lo hacen sólo para ser mentados desde la subjetividad y lo cognitivo del poeta: ahora Juan Manuel no imita sus trazos, sino, por el contrario, con los suyos, les hace a ellos retratos de nostalgia, siluetas que nunca antes Nadie había concebido.

¿Pero, además de los mentados retratos literarios —sus parientes estéticos—, quién es Nadie? Nadie es la ingravidez, lo noble, lo frágil, lo intangible. Es también el flanco camuflado y la correspondiente imagen virtual que todo cuerpo físico posee. El olvido y no la insidiosa presencia de los recuerdos. La ruina que habla de una casa y no la casa disimulando su aniquilación. Tampoco la música, sino sus largos silencios. Nunca la silla, sino el vacío de quien estuvo allí sentado. Antes que

la mujer, su líquida condición de huidiza. Más que la noche, el brillo de la luna en los montículos. Trenes que pesan por la carga de su misterio y no a causa de sus hierros y Aceros. Pero también el "otro" y la lógica presencia de sus temas de siempre: los espejos, la noche... y, por supuesto, el monólogo, que Juan Manuel Roca deja a sus personajes comunes y corrientes, entre los cuales el poeta elige los más aviesos en su actitud de oficiantes de lo raro, y lo hace quizá para desenvolver soliloquios ficticios:



El chatarrero:

Me acecha el metal. Los resortes de un catre de hospital yacen como vísceras de un animal venido de otro mundo. Herraduras sin caballo, cadenas sin preso, florecen en el Reino de Nadie.

[...]

[De: *Monólogo del chatarrero*, pág. 45]

El iracundo:

[...]

*Es la ira,
Mi desbocada ira
Que viene blandiendo sus
[espadas.*

[De: *Canción del iracundo*, pág. 100]

El constructor de ruinas:

[...]

*Un hombre levanta la fachada
[de su casa como quien
amputa la lejanía.*

[...]

[De: *Consejos del constructor de ruinas*, pág. 67]